

Todos los estilos y todos los nombres modernos están aquí representados: Impresionismo, expresionismo, cubismo. Matisse, Picasso, Dalí. El colorido de estos jóvenes artistas es, en casi todos los casos, espléndido, con lo cual demuestran palmaria-mente la gran tradición cromática inglesa.

Ello prueba dos cosas. Una, que los grandes movimientos plásticos actuales están plenamente popularizados en Gran Bre- taña. Las revistas, los libros de temas artísticos, las publicacio- nes de grabados es allí cosa corriente y al alcance de todo el mundo. Véase, pues, el valor educativo y vocacional de la uni- versalización del libro y de las publicaciones.

Se demuestra además otra cosa. El eclecticismo didáctico de las escuelas inglesas. Viendo estas obras podemos percatar- nos de qué modo el profesor o los profesores han dejado a sus alumnos totalmente libres, cuando se enfrentan al tema.

Es ésta, por lo tanto, una exposición que debería servir de ejemplo a nuestras instituciones educativas. Para el futuro ar- tístico de las Islas Británicas esta exhibición es muy alentadora.

<https://doi.org/10.29393/At223-236LAAR10236>

Los Libros de Arte

La Editorial Poseidón acaba de publicar para su *Biblioteca Argentina de Arte* un grueso volumen dedicado al pintor riopla- tense Pedro Figari.

Con Pedro Figari ocurrió un fenómeno curioso y poco fre- cuente, ya que en arte las vocaciones suelen ser manifestaciones de tipo juvenil.

Resumamos su biografía.

Nacido el 20 de junio de 1861 se dedicó hasta los sesenta años al ejercicio de su profesión de abogado, en la cual se dis- tinguió notablemente. Figari alcanzó entonces gran notoriedad con el asunto Butler al lograr poner en claro la inocencia del acusado en el crimen de la calle Chaná. El apasionado jurista reivindicador escribió entonces un notable folleto con los avata-

res del proceso. La vida forense de Figari continuó aún por largos años en el ejercicio del derecho. El futuro pintor era una especie de Gauguin que esperaba la ocasión propicia para entregarse al arte, algo así como un tigre dispuesto a dar el salto vindicativo hacia los dominios del espíritu.

Siempre sintió Figari la atracción de la belleza. Su casa era lugar a donde acudía lo más representativo de las artes y de las letras. Allí llegaron Guillermo Ferrero y Gina Lombroso, Anatole France, Rusiñol, Rubinstein... Aquellos hombres y mujeres iban dejando en el sensitivo rioplatense una emoción de belleza que sólo apagaría la muerte.

Empezó a enfrentarse Figari al arte por el vehículo de la literatura. Escribió un breve ensayo sobre el destino de la plástica y en él buscaba el autor «su» explicación de los fenómenos artísticos. Tenía entonces, en 1912, 51 años. Este espacio hasta los sesenta lo llena el abogado con sus actividades de director en la Escuela Industrial.

La iniciación pictórica de Pedro Figari se produce, pues, en la sesentena. Sus obras causaron entonces no poca admiración o estupor. Produjo entonces febrilmente. La crítica recibió sus obras con cierta reticencia. Después vino la comprensión total. Marchó entonces a París, y críticos muy severos—Vauxcelles, Miomandre, Cassou, Hourticq—supieron comprender la grandeza que había en aquella pintura americana.

Se refiere Carlos A. Herrera Mac Lean, autor de esta notable y pulcra monografía a la influencia extraña que el hijo ejerció sobre el pintor. Lo califica de abnegada sombra, de sostén que alentó y se compenetró absolutamente con el padre. «Báculo del anciano. Se fué hacia la muerte, llevando en sus ojos llenos de optimismo las visiones del padre».

* * *

Se detiene luego el escritor sobre el caudal poético de la pintura de Figari. Es «algo así como el desarrollo luminoso de un perfecto poema, en donde si cada trozo vive su belleza por sí mismo, se agranda, cuando lo ligamos a toda esa obra encaadenada. Poema del negro, poema de los patios florecidos, poema de las fiestas y las danzas, poema de los entierros y velorios».

El problema de la técnica en Figari se presenta sin ataduras ni contactos, aislado, solitario. Como una nueva experiencia estética. Está, sin embargo, emparentado a Bruegel, a Watteau, a Goya, a Toulouse Lautrec, Daumier, Degas, Guys y Bonnard en forma vaga y espiritual, pero no sujeto a ellos por ningún rasgo de escuela o de técnica. Para Carlos A. Herrera la obra de Figari vive y vivirá siempre porque es, ante todo *pintura*. Lo demás viene por añadidura. Su colorido es suntuoso y sus armonías alcanzan unas ampulosidades difíciles de superar. Buscó por encima de todo el secreto armonioso y jocundo del color.

Sintió Figari preferencia marcada por el impresionismo. Para el crítico el impresionismo del autor de *Candombe* está dentro del aspecto que descuida la veracidad del fenómeno óptico y nos da lo subjetivo e íntimo. «La luz, sentida a la manera de Figari, es el agente permanente que denuncia la calidad inmutable de la cosa: verde del árbol, rojo de la falda, blanco del muro encalado». Lleva el color a las telas en técnica de nerviosos y pequeños toques. Sus cuadros están hechos, más que de pensamiento compositor, de viejas sugerencias que en tropel se agolpan en su mente.

Esto le llevaba a no componer sus visiones de un modo intencional. Para Carlos A. Herrera, componía dentro de un hálito maravilloso y con idéntica facilidad con que coloreaba.

Los grandes planos, las grandes líneas, se ordenaban solos en sus cartones.

Hay en sus telas una atmósfera general, vibrante y húmeda que les da carácter sinfónico. Supo aunar en forma total los conceptos de dibujo y color.

Dedica más adelante el autor un capítulo cuyo tema está centrado sobre la originalidad de Figari. Su manera de *ver*, su concepción de la técnica, la novedad de sus temas de negros, patios y candombes, nos hablan de un nuevo espíritu surgido para el arte. Pero donde el pintor nos da la medida de su originalidad es en su evocación del mundo negro de la post colonia. No es el arte negroide de París, danzarines de *cabaret* y gentes de *jaz*. Por el contrario, él sabe exaltar las tristezas nostálgicas de la raza, fuera del exotismo artificial europeo.

Habla más adelante del crítico de las regiones que invadió la actividad pictórica de Figari: las danzas, el campo, el ombú, que es en este paisaje «un personaje con alma», el caballo, ese compañero pampeano del hombre, única propiedad del gaucho desheredado; los cielos altos, los interiores y terceros patios, etc.

* * *

Carlos A. Herrera ha escrito un hondo, sensitivo libro sobre un gran Pintor de América. Ha puesto calor y ha puesto comprensión al enfrentarse al espíritu universal de este hombre singular.

La monografía va ilustrada con 121 reproducciones en negro y 8 en color.

ANTONIO R. ROMERA.